

## SOR FRANCISCA DE LAS LLAGAS DE JESÚS

ERNESTO ZARAGOZA PASCUAL

Dios nos ha hablado y nos habla de muy diversas maneras, y una de las más elocuentes es poniendo delante de nuestros ojos y a nuestra consideración la vida santa y las virtudes heroicas de aquellos hombres y mujeres que, en palabras del Concilio Vaticano II, en su Constitución dogmática sobre la Iglesia (núm. 50), «se transformaron perfectamente según la imagen de Cristo. En ellos, Dios nos habla y nos ofrece un signo del Reino hacia el cual somos atraídos poderosamente».

Una de las almas que, a finales del siglo XIX, «se transformó perfectamente según la imagen de Cristo» fue sor Francisca de las Llagas de Jesús, monja clarisa del monasterio de la Divina Providencia de la ciudad de Badalona, cerca de Barcelona, cuya vida y heroicas virtudes queremos referir aquí.

Sor Francisca fue un alma inocente que, cual otra Teresa de Lisieux, su contemporánea, se levantó a las alturas de la más eximia santidad, a pesar del ambiente desfavorable a la religión que reinó durante la mayor parte del siglo XIX.

El anticlericalismo de este siglo, entre otras muchas y diversas causas, motivó la exclaustración masiva de religiosos en 1835 y de algunas comunidades de religiosas. Pero a no tardar, nuevas comunidades religiosas aparecieron, en especial femeninas, que con el señuelo de la enseñanza y de la beneficencia, reanudaron en nuestra patria la vida religiosa consagrada. Era un enjambre de almas humildes y generosas que se consagraron a Dios, en la sombra, la propia abnegación y la

fidelidad al evangelio y a Cristo. El honor de Dios y la salvación de las almas eran los polos de atracción que mantenían su fidelidad a la llamada divina en la vida religiosa.

Pero como Dios abate a los soberbios y ensalza a los humildes, ensalzó a muchas de estas almas consagradas, como sor Francisca, mostrándolas a las gentes indiferentes y distraídas, como un foco de inmensa luz espiritual.

A esta legión de «almas ocultas» –por otra parte bien conocidas y amadas de Dios– pertenece sor Francisca de las Llagas de Jesús quien, como su fundadora, sor Teresa Arguyol y Fontseca, santa Teresita del Niño Jesús y otras, forman el ramillete de almas santas, las cuales, con sus particularidades, nos ofrecen «un signo del Reino de los Cielos» al que cada uno, dentro de su estado y vocación a la que ha sido llamado, debe procurar arrebatar.

Sor Francisca repite, con su vida silenciosa, humilde, penitente y entregada a la voluntad de Dios, que por encima de las cosas humanas que nos rodean y solicitan nuestra atención, existe alguien tan importante como Dios para que le amemos y sirvamos con fidelidad y alegría. Amor, fidelidad y alegría son las palancas de todo heroísmo que embellecen la existencia más oscura y conducen a los que quieren ser santos de verdad hacia «la perfecta transfiguración según la imagen de Cristo».

Así es la vida de sor Francisca, una vida hecha toda de amor, fidelidad y de entrega generosa, inmersa en la presencia de Dios. Pero como las vidas de los santos al pasar de un hagiógrafo a otro se han ido recargando de hechos piadosos a veces carentes de fundamento histórico, al escribir la que ahora presentamos nos hemos basado exclusivamente en documentos fidedignos y testimonios fehacientes y, en especial, de los primeros biógrafos de la sierva de Dios, principalmente del padre Josep Oriol, capuchino, documentadísimo, por cierto, porque pudo contar con informaciones de primera mano, facilitadas por la propia Comunidad y por los familiares, condiscípulas, discípulas y los sacerdotes que trataron de cerca de la sierva de Dios.

Asimismo, nos hemos servido de la obra del franciscano P. Jou, *El Ángel de Levante* y de las *Positiones et articuli* del proceso, impresos en Roma en 1957; también de la *Revista de Badalona*, números 74-79, publicados en 1943.<sup>1</sup>

Advertimos al lector que no extrañe el lenguaje y el estilo, pues

esta biografía la escribimos con 23 años, en 1968, y, aunque la hemos corregido en algún punto, no hemos querido cambiar el texto, porque al fin y al cabo sería decir lo mismo con otras palabras y perdería el sabor peculiar propio de un seminarista lleno de buena voluntad que escribía la segunda biografía de su carrera literaria, que hoy llega a más de 11.000 páginas impresas.

Ojalá que esta pequeña biografía de sor Francisca sirva para darla a conocer un poco más y, creciendo la fama de su santidad, podamos verla muy pronto beatificada y canonizada *ad maiorem Dei gloriam*.

Obviamente, cuando hablamos de santidad, de virtudes heroicas y de hechos extraordinarios, no pretendemos adelantarnos al juicio infalible y definitivo de la Santa Sede, sino calificar los hechos según nuestros conocimientos y nuestro sentir.

1. De Sor Francisca de las Llagas de Jesús hay tres biografías impresas: M. C. CASADEMONT SABATER, *Notas biográficas de Sor Francisca de las Llagas de Jesús*, Badalona, 1943; F. GAMISSANS, *La Colometa de Can Paixau*, Badalona, 1986; M. V. TRIVIÑO, *Una joya franciscana*, Barcelona, 1993, que es la única actualmente en venta.

## PATRIA Y NACIMIENTO DE SOR FRANCISCA

La Sierva de Dios sor Francisca de las Llagas de Jesús nació en la ciudad de Badalona. La patria chica de sor Francisca está situada en una ancha llanura a la margen izquierda del río Besós, junto al mar, y casi pegada a Barcelona a manera de un enorme barrio. Hoy día, es una de las más florecientes ciudades industriales de Cataluña. En tiempos de sor Francisca, no era más que una pequeña ciudad, tranquila, agrícola y, sobre todo, marinera.

En dicha ciudad nació nuestra sierva de Dios, en la casa número 108 de la Calle de San Pedro. Sus padres eran unos piadosos cristianos llamados Jaime Martí y Dolores Valls, que poseían un modesto comercio de vinos y granos. Quienes les conocieron afirman con unanimidad que eran realmente unos fervorosos cristianos y que la esposa, Doña Dolores, era extremadamente caritativa para con los pobres y a la vez muy paciente y sufrida en las enfermedades y desgracias.

Este ejemplar matrimonio fue bendecido por Dios con siete hijos, el tercero de los cuales fue sor Francisca, que nació el 26 de Junio de 1860. Tres días más tarde, festividad de san Pedro Apóstol, fue bautizada en la parroquia de Santa María de la misma ciudad, por el Rdo. P. José Baró y Bonet. La apadrinaron su tío paterno, Pedro, y su tía materna Antonia, que le dieron los nombres de Coloma, Antonia y Josefa.

## INFANCIA DE LA SIERVA DE DIOS

La vida de la pequeña Coloma transcurría en el hogar paterno envuelta en un clima de piedad y buenos ejemplos. Cada día, por la mañana, toda la familia solía oír la primera misa en la iglesia parroquial de Santa María y por la tarde rezaban el Santo Rosario y la corona dolorosa, y leían la vida del santo del día.

No contaba Coloma con cuatro años de edad cuando sus padres se trasladaron a vivir a la casa número 19 de la calle de San Miguel de la misma ciudad, que su madre obtuvo por donación «inter vivos» de su padre Juan Valls. En esta pequeña casa de la calle de San Miguel, vivió Coloma desde los cuatro años hasta su entrada en el claustro.

Mas las bendiciones del cielo suelen ir acompañadas de pruebas y sacrificios. Esto fue lo que le pasó a la familia de Coloma. De los 7 hijos que el Señor les dio, María, la mayor, murió a los 8 años; Juana,

la cuarta hija, no llegó a los 15; Antonia, no alcanzó los 4 años de edad y Jaime murió a los 7 meses de haber nacido. Sólo sobrevivieron la segunda hija, llamada Paula, Coloma, la tercera, y la menor, que se llamaba Dolores.

Así pues, Coloma, ya desde sus más tiernos años, vio y vivió de cerca el dolor y la desgracia y poco a poco fue fortaleciéndose para cosas mayores con que más tarde el Señor la había de probar.

Poco después de trasladarse a la calle de San Miguel, el Ilmo. Dr. Don Pantaleón Montserrat y Navarro, obispo de Barcelona, pasó la visita canónica en la parroquia de Santa María de Badalona a la que pertenecía la familia de Coloma. En esta ocasión, Coloma recibió, junto con otras niñas de su edad, el sacramento de la confirmación. Era el 1 de junio de 1864.

Recién cumplidos los cuatro años, sus padres decidieron llevarla al colegio para que aprendiera las primeras letras, y para esto eligieron el que las clarisas de la Divina Providencia tienen en la misma ciudad.

Durante los años en que acudió a dicho colegio, fue motivo de edificación para sus compañeras por su obediencia y sencillez. En clase era muy callada y su inseparable hermana Paula nos dice que su ejemplo admiraba a las demás niñas; y aunque Coloma no hizo jamás distinción alguna entre sus compañeras, no dejó por esto de ser siempre amable y cortés, lo que le granjeó el aprecio y la estima de sus condiscípulas, las cuales se disputaban el honor de poder sentarse a su lado.

Una profesora suya escribe: «Cuando venía al colegio nunca se la tuvo que reprender, pues siempre conservaba el mismo comportamiento de silencio, bondad de carácter y aplicación, junto con una especial modestia impropia de su edad. Nunca se daba el menor tono de alabanza, ni se excusaba como suelen hacerlo las otras niñas de su edad».

Las que fueron sus compañeras jamás pudieron olvidar la modestia y la obediencia que brillaban en la sierva de Dios junto con una especial destreza para bordar.

Varias son las anécdotas que recuerdan sus condiscípulas. Entre ellas una que caló tan profundamente en el ánimo de Coloma que jamás la pudo olvidar, y que providencialmente la aleccionó de tal manera que su influjo le duró toda la vida.

Un día la madre abadesa, que solía visitar frecuentemente el colegio, tuvo que reprender a sus compañeras y le dijo a ella: «Tú eres de aquellas que tiran la piedra y esconden la mano». Estas sencillas palabras le quedaron tan grabadas que, más tarde, cuando ya religiosa ala-

baban alguna de sus virtudes, contestaba: «Cuánta razón tenía la madre abadesa al decir que soy de aquellas que tiran la piedra y esconden la mano».

Otra anécdota de sus tiempos de colegiala, que demuestra lo profundamente piadosa que era, es ésta: un día de fiesta de precepto suprimida, su padre se la llevó con el carro a Sant Cugat del Vallès, con la intención de que, una vez cargado el carro, oírían la santa misa en aquella localidad. Pero sea por el retraso del carro o porque no hubiera misa aquel día, no pudieron asistir a la santa misa. Tal fue el sentimiento de Coloma que empezó a llorar desconsoladamente y no la pudieron calmar hasta que rezaron por el camino una parte del Rosario en compensación de la misa que no había podido oír.

Todos cuantos la conocieron dicen que era muy dócil y buena, y no recuerdan que jamás diese disgusto a sus padres o maestros. El único disgusto que dio a su familia fue a su padre, al pedirle permiso para hacerse monja clarisa.

Otra de las cosas en que más sobresalió la sierva de Dios fueron sus modales, que a la vez que la hacían cariñosa infundían a todos cuantos la rodeaban un gran respeto.

Ya desde pequeña practicó la pobreza regalando vestidos o alimentos, y también algún juguete, a las niñas más necesitadas que conocía. Sus hermanos nos dicen que le repugnaba estrenar vestidos o zapatos, y que le gustaba más ir remendada. Más tarde diría: «Soy monja de pobreza y por esto tengo que trabajar».

Quizá podría parecer que queremos mostrar a la sierva de Dios «santa» desde su nacimiento, pero la verdad es que no encontramos ni un solo testimonio que nos descubra defecto alguno de la sierva de Dios, teniendo en cuenta que algunas personas que la conocieron o que fueron sus discípulas todavía viven (1968), de lo cual debemos concluir que realmente sor Francisca fue una de estas almas escogidas por Dios a quien Él reservó para sí desde su infancia, dándole gracias extraordinarias para progresar en la virtud y en el amor de Dios.

#### LA PRIMERA COMUNIÓN

Aún no había cumplido los once años, el 16 de mayo de 1871, Coloma recibió por primera vez a Jesús Sacramentado en la iglesia parroquial de Santa María, que aquel día estaba adornada con profu-

sión y repleta de gente deseosa de presenciar la primera comunión de los niños de la población. Coloma estaba allí entre ellos con el alma limpia y dispuesta para recibir por primera vez a Jesucristo. ¡Con qué fervor recibiría esta pequeña «paloma» al Dios de sus amores!.

Desde aquel día, tanta fue la estima y la devoción a la Eucaristía que, según nos dicen sus condiscípulas, no dejó pasar ni un solo día sin visitar al Santísimo en la iglesia de su querido colegio de la Providencia. Allí oiría a las monjas rezar el Oficio Divino, allí tendría los primeros coloquios con Jesucristo, allí posiblemente, junto al Sagrario, recibiría la primera semilla de la vocación. ¿Qué podría desear más que llegar a ser como una de aquellas almas consagradas a Dios que día y noche alaban a Dios en presencia de Jesús Sacramentado?

Luego de hacer la visita al Santísimo, se dirigía, en compañía de su hermana Paula, hacia la casa paterna, donde ayudaba a su madre en los quehaceres domésticos y dedicaba algún tiempo a sus labores.

Casi doce años continuos fueron los que Coloma frecuentó el Colegio de la Providencia. Acabado el tiempo dedicado a la primera enseñanza, sus padres decidieron llevarla al Colegio de las Hermanas Terciarias Franciscanas de la misma ciudad, para que se perfeccionase en las labores de coser y bordar.

Su profesora, sor Rafaela Oller, nos asegura que tenía unas manos muy delicadas para bordar y para las labores en general, pero que no se vanagloriaba de ello y cedía con generosidad los mejores puestos de la clase para ayudar así a las demás niñas que no sabían tanto. Muchas veces se trocaban los papeles de maestra y discípula, habiendo ésta de ayudar a aquélla.

Su porte y su mirada reflejaban algo extraordinario. Tanto es así, que en cierta ocasión que el obispo de Barcelona, doctor Urquinaona, visitó el colegio de las Hermanas Terciarias, dijo señalando a Coloma: «Esta niña es un ángel». Y realmente era un ángel. Después de su muerte su confesor, don Roque Marsal, escribió: «En el siglo era una verdadera joya cristiana y una joven modelo. Su silencio y mortificación la hicieron progresar tanto en las cosas materiales como espirituales. Su carácter era amable y dócil y siempre se distinguió por su humildad, obediencia y mortificación. Creo que el Señor la llamó al claustro sin haber perdido la inocencia bautismal».

## LA VOCACIÓN

El deseo de amar cada día más a Jesucristo, de hacer siempre la divina voluntad y de poder vivir cerca de Él en el sagrario, le hicieron ver la vida religiosa como el más alto ideal y que podía cumplir todas sus ansias de perfección. Pero, ¿en qué orden religiosa se consagraría al Señor?, ¿Sería contemplativa o activa? Coloma consultó todas estas dudas con su confesor y director espiritual Don Roque Marsal. Este no hubo de pensar mucho para orientarla en su vocación. Inclínada como era al silencio y a la soledad, le indicó el camino de la vida contemplativa como el más a propósito para santificarse dado su modo de ser y sus cualidades. Pero todavía quedaba una duda: ¿en qué convento realizaría su deseo de consagrarse a Dios?

Algunos sacerdotes amigos de la familia le indicaron el Monasterio de Pedralbes, en Barcelona, ilustre por su antigüedad y abolengo, donde habían tomado el velo de clarisas varias hijas de condes y reyes. Pero Coloma eligió el de las monjas clarisas de la Divina Providencia de Badalona, donde había sido colegiala. Y sabemos que lo eligió expresamente por amor a la pobreza, que tanto había resplandecido en el Serafín de Asís y que brillaba en dicho monasterio, cual otro san Damián de Asís.

Sin embargo, no pudo realizar por entonces su deseo de ser religiosa a causa de la rotunda oposición de su padre, que por quererla tanto no se resignaba a separarse de ella. En cambio su madre, que había comprendido desde mucho antes que su hija no había nacido para el mundo, aceptó al momento lo que este sacrificio le suponía y ayudó en lo que pudo a que su esposo diera su permiso. Pero él, influido por su hermano Pedro, que era el padrino de bautizo de Coloma, no quería dar su consentimiento.

Coloma tenía a la sazón 19 años. De talle esbelto y ojos grandes y claros, tenía una hermosa cabellera rubia y ondulante que, modestamente peinada, le daba una gracia y juventud extraordinarias. Con estas cualidades naturales, no es de extrañar que algunos jóvenes de posición llegaran a pretenderla; pero ella los rechazó de plano, deseosa como estaba de entregarse enteramente al Señor.

Una y otra vez Coloma volvió a pedir permiso a su padre para ingresar en el convento, pero éste respondía siempre con una negativa rotunda. Ante este problema, que ella no podía solucionar, recurrió a la oración y al consejo del confesor, y hasta del obispo Urquinaona, los



cuales le animaron a seguir en su santo propósito, pero convinieron que si su padre no le daba permiso para ingresar en la Providencia, tendría que esperar a la mayoría de edad para hacerlo.

Coloma no desmayó ante esta prueba; al contrario, procuró aprovechar el tiempo que le faltaba para la mayoría de edad para aprender las primeras lecciones de solfeo, que luego completó con otras de gregoriano que le dio don Joaquín Argemí, a la sazón organista de la parroquia de Santa María.

De su confesor aprendió el manejo del breviario y algunas nociones de latín, que tanto le servirían después para ejercer con eficiencia el oficio de vicario del coro.

Dos largos años habían pasado desde que Coloma pidiera por primera vez a su padre el permiso para ingresar religiosa, cuando un día, acompañada del mismo, visitó el famoso monasterio de Nuestra Señora de Montserrat. Allí, a los pies de la Virgen Morena, le pediría, sin duda, la pronta realización de su más caro deseo, el de hacerse religiosa.

No se hizo esperar mucho la intervención de la Reina del Cielo. De nuevo volvió a pedir a su padre que la dejara hacerse religiosa, pero él se negaba rotundamente. Al fin, cansado de tanta porfía, le dijo para no oírlo más: «¡Haz lo que quieras y vete a donde quieras!», santas palabras que fueron para Coloma la puerta abierta para la realización de sus deseos.

Con este vago permiso, y ayudada por su madre, preparó la documentación y el ajuar, y después de haber tratado el asunto con su confesor y con la madre abadesa del monasterio, quedó fijado el día de su ingreso para el 12 de agosto, entonces festividad de Santa Clara. Era el año 1882. Coloma tenía 22 años recién cumplidos.

#### INGRESO EN EL CONVENTO

Pronto llegó el tan anhelado día. Por la mañana, Coloma, en compañía de su madre y hermanas, salió para la iglesia de la Providencia, donde oyeron la Santa Misa y comulgaron. Después de la misa se dirigieron todos al locutorio, donde la comunidad la esperaba para franquearle las puertas de la clausura. Al poco rato de estar allí se abrió la puerta de la clausura y entonces la madre abadesa, sor Teodora de la Purificación, la recibió en la comunidad.

Coloma, un poco nerviosa, pero alegre y feliz, saludó afectuosa-

mente a las religiosas y en seguida se dirigió al sagrario para dar gracias al Señor por el señalado favor como le acababa de conceder. Al otro lado de la reja, quedaban su madre y hermanas, que con el corazón traspasado lloraban de emoción y ofrecían a Dios el sacrificio de separarse de su querida Coloma.

Cuando Coloma ingresó en el convento no habían pasado treinta años desde su fundación. En él moraban algunas religiosas ejemplares que habían tenido la dicha inefable de recoger el último aliento de su madre y fundadora, la venerable sor Teresa Arguyol y Fontseca. Ésta, después de haber sido expulsada del convento de Santa Isabel de Barcelona por el decreto de exclaustación de 1835, se había refugiado con una compañera suya, sor Teresa Sugranyes, en el convento de dominicas (beatas) de Gerona, donde tuvo la inspiración de fundar un monasterio de franciscanas claustrales en la villa de Gracia, en Barcelona.

Después de muchas contrariedades y de un viaje a Roma pudo ver realizado su deseo el 24 de marzo de 1849, fecha en que se fundó el convento de Gracia. Después de este convento se fundaron los de Figueres y Badalona. Aquí murió la fundadora, el 6 de diciembre de 1853.

Los conventos de su fundación estaban todos puestos bajo la advocación de Nuestra Señora de la Providencia, para indicar a las monjas que como pobres debían confiar constantemente en la Divina Providencia, que viste a los lirios del campo y alimenta a las aves del cielo que no siembran ni siegan ni guardan en graneros.

Coloma, pues, había elegido un lugar muy a propósito para ser, como ella decía, «una monja de pobreza».

#### EL POSTULANTADO

Una vez recibida en el convento, la madre abadesa puso a Coloma bajo la dirección de la madre Teresa de los Desposorios de Nuestra Señora, religiosa ejemplar y virtuosa y muy observante de la Regla y Constituciones de la Orden. Esta religiosa, que poseía un don especial para hablar con Dios, pronto se dio cuenta de las buenas disposiciones de la joven postulante que se le había confiado y procuró educarla en la vida espiritual lo más perfectamente que pudo y supo, tanto más cuanto al no haber otra postulante podía dedicarle todo el tiempo a ella sola.

Amante como era de la mortificación y de la penitencia, ya en el

postulantado pidió permiso para ir descalza como las demás religiosas, cosa que le fue concedida. Tanto era su deseo de perfección y mortificación, que nada en su nuevo género de vida le fue difícil o pesado.

Pronto se distinguió por su obediencia y piedad. En los actos de comunidad, dicen los que la conocieron, inspiraba devoción. Escogía para sí los trabajos más humildes y penosos y siempre con una alegría y un desinterés realmente ejemplares.

Con estas cualidades, no es de extrañar que la comunidad la recibiese al noviciado con la totalidad de votos favorables y le dispensase diez días de postulante en atención a su fidelidad y buen comportamiento. El día de la vestición del santo hábito quedó fijado para el 2 de Octubre de 1882.

Pronto llegó el tan deseado día. Familiares, amigos y condiscípulas acudieron al templo de la Providencia que pronto se llenó a tope. El confesor, Don Roque Marsal, celebró la misa asistido por los vicarios de las parroquias de Santa Ana de Barcelona y de Santa María de Badalona. Después de haber oído la Santa Misa y de haber comulgado con la mayor devoción, salió Coloma de la clausura, atravesó la nave central del templo hasta el presbiterio y una vez allí, recibió el hábito bendecido de manos del capellán de la comunidad, Don Juan Trullás. Luego volvió a entrar en la clausura, y en la sala capitular, en presencia de las religiosas, familiares e invitados, la madre abadesa cortó las doradas trenzas de Coloma; cambió sus vestiduras blancas por el tosco sayal franciscano; ciñó su cintura con una cuerda blanca y le puso la toca; y, para que el cambio fuese completo, le dio el nombre de sor Francisca de las Llagas de Jesús, nombre que le gustó mucho.

#### NOVICIADO Y PROFESIÓN

Después de vestir el hábito franciscano, sor Francisca empezó a trabajar con ahínco para adquirir las virtudes propias del estado religioso, y en especial la virtud de la pobreza que tanto había resplandecido en el Serafín de Asís.

Gracias a su silencio interior pudo con facilidad tener una intensa vida espiritual y vivir de continuo en la presencia de Dios.

En sus propósitos escritos se lee: «no tengo que hablar ni escuchar cosa alguna contra mis hermanas y debo callar si no soy preguntada».

Guiada por su confesor, y sobre todo por la madre maestra de novicias, aprendió los rudimentos de la vida espiritual, el modo de hacer oración, las obligaciones propias del estado religioso y la manera de observar los votos con generosidad y alegría.

Poco a poco, sor Francisca se fue preparando para el día de su profesión. Tantos eran sus deseos de profesar para unirse más y más con Cristo, que solía repetir: «¡Oh, Señor mío, cómo tarda el tiempo de que os deis a conocer. Cumplid mis deseos, satisfied mis peticiones!».

Durante el tiempo de noviciado, las religiosas que convivieron con ella nos dicen que, en los actos de comunidad, en la recitación del Oficio Divino y, sobre todo, en la exposición de la Sagrada Eucaristía, era tanta su devoción, que después de ellos quedaba alegre, silenciosa y santamente recogida. Varias veces le oyeron decir: «¡Qué dicha la mía si hubiese entrado en el convento a los tres años de edad!» «¡Toda de Dios, toda para Dios; nada para el suelo, toda para el cielo!».

Qué bien sabía sor Francisca que esta vida no es patria, sino camino; no es morada definitiva, sino pasajera; no es luz, sino penumbra; no es posesión, deseo esperanzado.

Se acercaba el día de la profesión y sor Francisca se preparó con unos fervorosos ejercicios espirituales. Llegó por fin el día 3 de Octubre, día señalado para emitir la profesión.

En este día, por la mañana, se celebró una misa solemne. El celebrante era su confesor, asistido por Don Jerónimo Sebastiá, capellán mayor de la Real Capilla del Palacio de Barcelona y por Don Juan Xiró. El orador sagrado fue el ya mentado Don Jerónimo Sebastiá, quien enalteció la grandeza de la vida religiosa y contemplativa, animando a la profesanda a seguir la invitación de Cristo que la llamaba a caminar hacia la perfección en la vida contemplativa y la exhortó a dedicar toda su vida sólo a Cristo y en pro de la salvación de las almas.

Después del sermón, la madre abadesa, en presencia de la comunidad, del celebrante, de los ministros y del gentío que llenaba la iglesia, recibió los votos de obediencia, pobreza y castidad de sor Francisca, que, junto al de clausura perpetua, la atarían definitivamente y para siempre al Señor.

Como es de ritual, la madre abadesa, a su vez, le prometió en nombre de Dios Todopoderoso, que si observaba lo que acababa de prometer, tendría como premio la vida eterna.

A continuación, recibió el abrazo fraternal de la madre abadesa y

luego, una a una, de todas las religiosas de la comunidad, mientras los ministros entonaban el tedéum en acción de gracias. Más tarde, santamente recogida, dio gracias a Jesucristo del gran beneficio que le acababa de hacer y pasó al locutorio, donde le esperaban su madre y sus hermanas para darle la enhorabuena y animarla a ser fiel hasta la muerte en su santo propósito.

Su padre, que había quedado disgustado de la entrada de su hija en el convento, no asistió a la ceremonia de la profesión, ni fue a verla a la reja, porque estando como estaba delicado del corazón, temía no le diera un síncope. No obstante, al llegar su esposa e hijas a su casa, contáronle lo feliz que era su «Coloma» en el monasterio, quedando así consolado y desde aquel día empezó a frecuentar la iglesia de la Providencia para oír a su hija entonar los salmos del Oficio Divino.

Con todo, grande sería el pesar de sor Francisca al saber que su padre no había asistido a su profesión, pero seguramente ofrecería este sacrificio por la conversión de los pecadores.

#### RECIÉN PROFESA

Acabado el año de noviciado, y una vez emitida la profesión, las nuevas profesas son puestas bajo el cuidado de una religiosa prudente, llamada madre de jóvenes que, por espacio de seis años, las va guiando por los caminos de la perfección y las ayuda a superar las dificultades que pueden encontrar en la vida religiosa, y al mismo tiempo las instruye en las virtudes claustrales.

Sor Francisca, al igual que las demás religiosas, estuvo bajo el cuidado de esta religiosa y procuró obedecerla en todo, incluso atendiendo sus más leves insinuaciones. La virtud de la obediencia era tan preciada para ella que algunas religiosas, comentando su prontitud para obedecer, decían de ella que «la obediencia le daba vida».

Mas, como el Maligno a veces, so capa de obediencia ciega, hace nacer la soberbia y la pereza, la madre maestra probó repetidas veces la humildad de sor Francisca, reprendiéndola incluso públicamente, pero pronto pudo comprobar que su encomendada había logrado un elevado grado de humildad, pues una vez recibida la reprensión procuraba poner más cuidado en lo que se le encomendaba y luego quedaba tranquila, al tiempo que gozosa de poder ofrecer algo al Señor y de practicar dicha virtud.

Tan grabada le quedó la idea de que debía ser pobre y que la pobreza no debía ser sólo espiritual, sino también real, que no desperdiciaba ni un solo minuto de tiempo. Inmediatamente después del desayuno se daba al trabajo que se le había encomendado hasta la hora de comer, y por la tarde hacía lo mismo hasta la hora de rezar. Y si alguna religiosa le decía que no trabajara tanto, sor Francisca le contestaba: «Soy pobre y como pobre tengo que trabajar».

Realmente poseía una salud a toda prueba y siempre fue considerada como una de las monjas más robustas de toda la comunidad. Con mucha humildad y desapercibidamente escogía los trabajos más penosos y costosos, como lo pudieron observar varias religiosas que trabajaban con ella. Cuando iba al lavadero, escogía para sí las piezas más grandes y de más difícil manejo, y solía ponerse en un rincón del mismo, junto a la pared, donde había un peldaño pegado a la misma, y así podía mortificarse al tener que mantener un pie en el suelo y otro sobre el peldaño. A tanto llegó su deseo de caminar rápidamente hacia la perfección, que se obligó con voto a hacer siempre lo más perfecto. Y lo cumplió.

La vida religiosa, como toda vida humana, tiene sus dificultades y penas, de las cuales Dios se sirve para probar a las almas y para consolidarlas en la práctica de la virtud. Frecuentemente nos asaltan las dudas y los desalientos, y entonces es menester recurrir a la oración y al consejo de personas sabias y virtuosas, para recibir de ellas una orientación que nos ayude a superar nuestras dificultades. A sor Francisca le sucedió algo parecido. Durante varios años sufrió unos temores y sintió en su interior que Dios llamaba por otros caminos. No encontrando la solución de estas dudas por sí misma, con el permiso de la madre abadesa consultó con una religiosa, a la que todas tenían por muy virtuosa y experimentada en los caminos de la perfección. Le preguntó cuál era el camino más breve para llegar a la perfección, a lo que la religiosa le contestó: «El camino para llegar en breve a la perfección es el del amor de Dios y la perfecta obediencia. Abandone el camino del temor, que no le conducirá a parte alguna, y siga el del amor que le guiará luego al fin deseado».

Realmente este consejo fue inspirado, pues los temores desaparecieron y desde aquel día empezó a caminar por la senda del amor, llegando a morir víctima de amor. En sus escritos se lee: «Dadme, Amado mío, una vida de amor y luego una muerte de amor».

Su padre, que tanto tiempo había estado sin verla, un día se pre-

sentó en el monasterio para ver a su querida «Coloma» pero, enfermo como estaba del corazón, le dio un ataque y tuvieron que auxiliarse. No obstante, desde aquel día menudearon sus visitas al convento, con gran consuelo para sor Francisca, que desde hacía mucho tiempo deseaba la visita de su querido padre.

La sierva de Dios sabía muy bien que en la vida contemplativa los dos mejores medios para salvar al mundo son la oración y la mortificación. En la oración llegó a tan alto grado de contemplación gracias a su asiduidad a la misma.

Si no hay una vida cristiana sin un diálogo habitual y personal con Dios, menos puede haber una vida consagrada, ya que la oración es la expresión gratuita de nuestro amor a Dios, en respuesta a su amor siempre vigilante y atento, y por eso la oración de alabanza ocupó un lugar preeminente en la vida de sor Francisca, que había elegido el camino del amor.

Sor Francisca robaba las mejores horas del día para dedicarlas a la oración, para ofrecerlas a Dios, porque lo que para algunos es tiempo perdido, para sor Francisca es la expresión del convencimiento de que, por encima de tantas cosas urgentes e importantes que nos absorben, una cosa es verdaderamente necesaria, y Dios es lo suficientemente grande y digno como para que se le dedique un tiempo precioso.

En la mortificación era realmente ejemplar. De seguro que a no ser por la ayuda de Dios y su complexión robusta, nunca hubiera llegado a un tan grande grado de mortificación. Aprovechaba todas las ocasiones que tenía para mortificarse. Durante la recitación del Oficio Divino no se apoyaba sobre el respaldo del asiento ni el reclinatorio, y algunas veces solía rezar apoyada sobre un solo pie.

Cuando algunos insectos, moscas o mosquitos se posaban sobre su cara o manos, no los sacudía, sino que los soportaba con espíritu de mortificación y con fines apostólicos. En cuanto a la comida, su mortificación consistía en comer los alimentos antes de que se enfriasen, y tanto tiempo practicó esta mortificación que llegaron a resentírsele el esófago y el estómago, y entonces tuvieron que prohibírsele.

En los conventos de clausura, la guarda del silencio es el clima más propicio para llegar a una mejor y mayor unión con Dios. Sor Francisca no desplegaba jamás los labios si no era por necesidad o utilidad, y su habla era breve y en voz baja. Ella sabía muy bien que para orar con fruto es necesario el silencio exterior, a fin de propiciar

el silencio interior y así evitar las posibles distracciones provenientes de la agitación inevitable de nuestro entorno.

En el locutorio solía ponerse lejos de la reja para no ser así interpellada y poder conservar la presencia de Dios, Pero si, por casualidad era preguntada, respondía con dulzura e introducía en la conversación algo que fuera de provecho espiritual para los allí presentes.

Todo lo que narramos, en cuanto a oración y mortificaciones, era practicado por la Sierva de Dios con el mayor disimulo, de tal forma que muchas de las religiosas de la comunidad no cayeron en cuenta de sus mortificaciones hasta después de su muerte.

#### PROFESORA EN EL COLEGIO

El monasterio de la Divina Providencia de Badalona, al igual que los demás fundados por la Madre Teresa Arguyol y Fontseca, tenían, y aún tienen, junto a los muros de clausura, un colegio para la educación de las niñas. Este colegio es el que sor Francisca había frecuentado de pequeña. En una de sus aulas sor Francisca enseñó primero a leer y luego labores en las que, como hemos dicho anteriormente, era tan diestra. Enseñaba a las niñas las cosas más sencillas, so pretexto que las más difíciles se las enseñarían las otras profesoras.

Si alguna vez tenía que corregir a alguna niña decía: «¡Mirad, niñas, que si no sois buenas, vuestros padres no os dejarán venir al colegio de las monjas!». Las niñas, por su parte, admiraban a su profesora, que jamás hizo distinción alguna entre ellas, y una vez terminadas las clases se retiraba a la clausura para seguir con más tranquilidad y silencio su vida de unión con Dios.

En aquel entonces, era costumbre en los colegios de la Providencia que una de las niñas de la clase leyera en voz alta, al sonar la hora, un capítulo de un libro piadoso. Sor Francisca mandó que cada cuarto de hora se rezase una jaculatoria en voz alta. En cierta ocasión, una niña no quiso rezar la jaculatoria, y por más que sor Francisca intentó persuadirla, la niña no cedió. Entonces, al ver tanta tozudez, sor Francisca no quiso imponer ningún castigo, pero fue en busca de la madre abadesa, quien corrigió a la niña como era menester, pero no lo hizo sor Francisca, porque sentía gran repugnancia a imponer castigos.



## VICARIA DEL CORO

Después de haberse dedicado varios años a la enseñanza en el colegio, la obediencia le encomendó el oficio de vicaria del coro. Este cargo tiene como principal ejercicio moderar y corregir el coro de religiosas en la recitación del Oficio Divino a fin de que, repartidas las distintas voces por igual en cada coro, resulte un canto armónico. Sor Francisca desempeñó maravillosamente este cargo gracias a la dedicación que puso en él y a las nociones de solfeo y gregoriano, y también de latín, que había aprendido de su confesor antes de entrar en religión.

Ejerció este oficio con tanto tesón que sor Constanca de Santa Rosa, que fue abadesa por muchos años, decía: «Jamás he visto tanta armonía en el rezo de las divinas alabanzas como cuando cuidaba del canto sor Francisca de las Llagas de Jesús». También nos dicen algunas de las religiosas que la conocieron, que corregía los defectos del canto con tanta humildad y delicadeza, que daba gusto ser corregida por ella.

## SACRISTANA

Después de ocupar el cargo de vicaria del coro por una larga temporada, le fue confiada la sacristía. Durante el tiempo que fue sacristana cumplió con tanta exactitud y prontitud su oficio, que todos los que tuvieron la dicha de tratarla quedaron admirados de su limpieza y espíritu de servicio. El capellán de la comunidad, que por su cargo fue quien trató más con la Sierva de Dios, nos dice que quedó admirado de su puntualidad y finura.

Amante como era del silencio, una vez servido lo que se le pedía con las más precisas palabras, cerraba cuidadosamente el torno para no escuchar las conversaciones que se tenían en la sacristía.

Tan puntual y fielmente cumplía sus oficios, que la madre abadesa no podía quitarla de uno para ponerla en otro, pues desempeñaba con tanta puntualidad su cometido que, al ocupar un lugar, dejaba un gran vacío en el anterior. Después de su muerte, escribió la madre abadesa: «Nunca le noté más inclinación a un trabajo que a otro. Mas todo lo que se le encargaba lo hacía con tanto fervor, que parecía ser aquello su ocupación predilecta. Cuando la sacaba de un empleo para ponerla

en otro me decía: “Rvda. Madre: ¡Cuán verdadero es lo que dice el libro del padre Alonso Rodríguez, que a los religiosos que no son lo que deben ser, los superiores los mandan de aquí para allá como una pelota! Y yo soy uno de estos”. Yo la veía tan persuadida de que obraba mal, que no le contestaba y la dejaba envuelta en la capa de su humildad».

#### ENFERMERA

Después de una larga temporada de sacristana le fue encomendado el cuidado de las religiosas enfermas, pues dice la madre Constanca de Santa Rosa: «Como siempre le noté ganas de practicar la caridad, tanto en comunidad como particular, le encomendé este oficio de enfermera para que pudiera satisfacer sus deseos». Las enfermeras quedaron muy agradecidas de la nueva enfermera, porque la veían silenciosa, humilde, caritativa y con una buena dosis de espíritu de sacrificio y de santo disimulo.

Al poco tiempo de estar en la enfermería, la comunidad le confió, por votación, el cargo de maestra de novicias, con gran sentimiento de las enfermeras, que no querían verse privadas de una tan buena enfermera.

#### MAESTRA DE NOVICIAS

Este cargo lo desempeñó hasta su muerte, y tanta fue su humildad y los desvelos que puso en el cumplimiento de sus obligaciones, que sor Constanca de Santa Rosa nos dice: «Desplegó para con las novicias unos cuidados y desvelos de tierna madre, y aunque les hacía ver lo imperfecto para corregirlo y perfeccionarlo, lo hacía con tal prudencia, que lo amargo de la corrección lo hacía sabroso y deleitable».

Con frecuencia preguntaba a las religiosas más antiguas las costumbres de la Orden y el modo de practicarlas, y así hacía un acto de humildad. Una vez se le cayó a una de las novicias una lámpara de aceite, derramándose el contenido sobre las baldosas. La novicia quedó confusa y avergonzada, pero sor Francisca, que vio su turbación, con una delicadeza extraordinaria aprovechó la ocasión para hacer un

acto de humildad y penitencia y, arrodillándose, recogió el aceite con la lengua, mientras la novicia quedaba maravillada al percatarse de que no había quedado en el suelo ni rastro de dicha mancha.

En cuanto a la observancia de las Reglas y Constituciones, fue tan exacta que, según nos dicen sus discípulas, jamás permitía que se cambiase, por capricho, nada de lo que en ellas estaba ordenado.

Tan sencilla y tan obediente era que procuraba que sus súbditas obedeciesen con la mayor sencillez. Un día, se le presentó una novicia con una sobrepelliz en la mano diciéndole: «La madre abadesa me ha mandado lavar esta sobrepelliz pero ¿no le parece que está limpia? ¿Qué hago, pues? ¿La lavo?» Sor Francisca contestó: «¿Te lo ha dicho la madre abadesa? ¡Hale, pues, ya tendría que estar en el lavadero! Así, con esta sencillez colombina, procuraba dirigir a sus novicias por el camino de la obediencia y de la perfección.

#### CAMINANDO HACIA LA PERFECCIÓN

Las religiosas que vivieron con sor Francisca durante los 17 años que ésta vivió en el convento aseguran que jamás le notaron imperfección alguna notable, y lo mismo afirmaron unánimemente sus confesores después de su muerte.

Varias religiosas que pudieron observar de cerca a la sierva de Dios aseguran que jamás vieron cometer acción desedificante alguna. Una de ellas, sor Providencia, escribe: «Durante el tiempo que conocí a sor Francisca, nunca le vi acción alguna desedificante, antes al contrario, todas las veía como iluminadas por la virtud, incluso las más pequeñas e insignificantes...». En otra ocasión escribe la misma religiosa: «Siempre conservaba la tranquilidad de ánimo y la presencia de Dios, aun en los casos impertinentes o imprevistos».

Sor María Concepción del Patrocinio de San José escribe: «Se la veía siempre edificante, prudente, humilde y muy piadosa». «Sus buenos ejemplos resplandecieron desde su entrada en el claustro hasta que expiró».

La obediencia pronta y asidua fue una de las virtudes en las que más sobresalió la sierva de Dios. Acostumbrada como estaba a obedecer y a no hacer nada sin el permiso de sus superiores, solía pedir siempre a la madre abadesa el lugar que debía ocupar en la sala de labores. En cierta ocasión, para probarla, la madre abadesa le indicó que se

sentara dando la espalda a los santos que presidían la sala. Sor Francisca, sin inmutarse, lo ejecutó al instante con toda sencillez.

Sor Constancia de Santa Rosa nos dice que en la obediencia fue extremada; que esta virtud parecía que le daba vida. Una vez le mandó que imitara la letra de otra religiosa que la tenía de inferior calidad que ella. Sor Francisca, siempre obediente, procuró poner todo su empeño en imitar aquella letra y lo consiguió.

En la mortificación era realmente ejemplar, hasta el punto de infundir serios temores a la madre abadesa, porque nunca se quejaba de nada. Dormía, como las demás religiosas, sobre tablas de madera y además tenía por almohada una piedra. Pero no contenta con esto, pidió permiso a su confesor para poner sobre las tablas nudosos sarmientos y para acostarse más tarde y levantarse más temprano, pues decía: «Cuando más duermo, más sueño tengo, y cuando menos duermo estoy más dispuesta para la oración».

Con frecuencia se comunicaba con su director espiritual para pedirle permiso para hacer algunas penitencias y a la vez pedirle algunos consejos para su vida espiritual.

Cierto día se dio cuenta de que le había salido un tumor en la rodilla. «¡Estupendo!», pensó, «ahora tendré otro medio de mortificarme». Y, en vez de manifestar su tumor, lo aprovechó para mortificarse, permaneciendo de rodillas en los actos de la comunidad, hasta que fue necesario hacerle una intervención quirúrgica y abrírsele. La enfermera que le curaba procuraba hacerlo con la mayor delicadeza, para no hacerle daño, pero sor Francisca se aplicaba el remedio sin contemplaciones, diciendo: «¡Amor y sacrificio, esto es lo que me conviene!».

#### GRACIAS SOBRENATURALES

Sabido es que, cuando un alma se entrega totalmente a la voluntad de Dios, Dios corresponde a este alma con un raudal de gracias, y aunque de ordinario éstas no son extraordinarias, nuestra sierva de Dios sí las tuvo.

Las que referimos aquí las entresacamos de sus escritos y cartas a su director espiritual. En una de ellas escribe: «Siento fuertemente que Dios me llama a más austeridad. Me pidió que hiciera algunos días de retiro espiritual. Ahora me los ha concedido». Con todo, a veces tenía repugnancia a practicar ciertas cosas, mayormente cuando por ello de-

bía distinguirse en la comunidad. Ella misma, en otra carta a su director espiritual, escribe: «Cuando me mandó (Dios) este retiro, sentí repugnancia de estar retirada de mis hermanas y de no comunicarme con ellas, pero ya le he pedido perdón».

Dios solía comunicársele por medio de voces interiores que poco a poco, con la venia de los superiores, la iban llevando por el camino de la perfección. En la Cuaresma de 1898 oyó una voz que le decía: «Tu alimento será pan y agua». Sor Francisca, creyendo ser esto un artificio del demonio para hacerla caer enferma, no hizo caso y siguió comiendo como el resto de la comunidad. Pero cada vez que tomaba una cucharada de líquido sentía unos fuertes dolores de estómago y no podía retener la comida. Entonces, viendo en ello la voluntad de Dios, pidió permiso a los superiores para hacer ayuno a pan y agua, pero se le denegó el permiso mandándole ayunar como las demás religiosas. Sor Francisca obedeció puntualmente, pero los dolores le repitieron una y otra vez hasta que terminó la Cuaresma.

En la Cuaresma del año siguiente, que para ella sería la última de su vida, oyó también una voz interior que le decía que sólo comiese pan y agua. Pidió permiso a los superiores para hacerlo y éstos le concedieron esta vez el permiso. Entonces, para no singularizarse, después de comer la sopa de pan y agua, quedaba con la servilleta puesta, como si estuviera comiendo, doblándola al mismo tiempo que las demás religiosas.

Entre las gracias extraordinarias que recibió del Cielo, una era el don de profecía. En cierta ocasión, dijo a una religiosa que moriría pronto, y así ocurrió. Incluso el tiempo de su propia muerte llegó a conocerlo con exactitud. De ello nos da testimonio sor Concepción del Patrocinio de San José, que al final de sus escritos nos dice: «Los escritos de la madre Francisca los quemé dos meses antes de su muerte, que creo que ella ya lo sabía».

Muchas de las gracias extraordinarias con que Dios la favoreció no eran conocidas por las demás religiosas. Tuvo varios éxtasis en particular, pero en cierta ocasión, estando en el coro, durante la lectura del martirologio de Prima, quedó extasiada y se levantó del suelo a la altura de casi un metro, bajando luego hasta el suelo y continuando el rezo del Oficio Divino como si nada hubiera pasado.

En otra ocasión, estando en la meditación de la mañana, la sierva de Dios cayó en éxtasis, con la cara y los ojos mirando hacia el cielo. Las monjas corrieron al momento para auxiliarla, creyendo que le pa-

saba algo malo, y le dieron agua de azahar para reanimarla. Mas grande fue su pesar al darse cuenta de que le habían dado de beber, pues en aquellos tiempos no se podía recibir la comunión habiendo tomado algo después de medianoche, aunque fuera una medicina y, por tanto, la sierva de Dios no pudo comulgar aquel día.

Las religiosas creyeron que aquello había sido un desmayo, pero la madre abadesa, que conocía bien su interior, mandó que cuando le pasase algo parecido no la molestasen. Después del éxtasis, una religiosa le preguntó qué había sido aquello. Sor Francisca le dijo: «Dice la enfermera que un ataque de nervios, y otra religiosa dice que un desmayo». «Bien», repuso la otra, «¿Y a usted qué le parece?». «A mí me parece que ha sido una avenida de amor de Dios tan fuerte, que mi corazón, que es tan pequeño, no ha podido resistirla».

En medio de estas gracias extraordinarias no le faltaron las contrariedades y las contrarias o émulas. Concretamente, había en el convento tres religiosas que abiertamente la criticaban diciendo que todo cuanto hacía era para captarse la benevolencia de los superiores, y que era una redomada orgullosa, que no sabía más que singularizarse y le achacaban cosas más. Entre estas religiosas, había algunas que la mortificaban por expreso deseo de su confesor. Sor Francisca, empero, lo aceptaba todo sin rechistar, y con una sonrisa en los labios lo ofrecía todo al Señor, a quien desde su profesión, se había entregado como víctima.

En cuanto a los escritos de sor Francisca, debemos decir que éstos no fueron muchos, y que lo poco que escribió lo hizo por obediencia. Su confesor le mandó que consignara por escrito todo lo que pasaba por su interior y las gracias que recibía del Señor, pero como no le mandó que lo guardara, los hizo quemar por una religiosa dos meses antes de su muerte. Con todo, se conservan algunas cartas dirigidas a sus familiares y a su director espiritual.

En total, sólo sabemos que en los 17 años que estuvo en el convento escribió a sus familiares seis cartas, cosa por otra parte comprensible, ya que, al vivir sus padres y hermanas en Badalona, no tenían necesidad de cartearse con ellos, pues podían visitarla a menudo. Sólo después de la muerte de su padre, cuando su madre pasó a vivir a Barcelona y luego a Sevilla, fue cuando escribió las pocas cartas que han llegado hasta nosotros. En todas ellas procuraba hacer un poco de apostolado entre sus sobrinos, invitándoles a que leyesen diariamente la vida del santo del día y a que recitasen jaculatorias indulgenciadas que ella misma transcribía en sus cartas.

Además de estas cartas familiares, hay otra dirigida a una prima suya con motivo de su profesión religiosa en el convento de Santa Teresa de Jesús de Barcelona.

De las cartas a su director espiritual tan sólo se conservan cinco. En ellas pedía consejos y permisos para practicar algunas penitencias.

Quedan además algunos papeles pequeños en los que la sierva de Dios escribía sus propósitos y deseos. En ellos relata algunas de sus visiones y gracias espirituales. Dice así: «El día del Patrocinio de San José, estando en oración, me parecía que veía al Niño Jesús que llevaba un Corazón y me decía que, cuando le recibiese en la Sagrada Comunión, me daría con Él el Corazón, para sacrificarle siempre que me lo pidiese. El viernes antes de esto me encontré como abrasada en el divino amor, dentro de Él mismo y con una claridad y dulzura grande de su divina presencia». En otro de estos papeles escribe: «Una vez, al acercarme a la Sagrada Mesa, me recreé con un olor suavísimo y con un gusto exquisito más dulce que la miel».

En el año 1891, las religiosas fundadas por la Madre Teresa Arguyol y Fontseca recibieron de la Sagrada Congregación de Religiosos la facultad de profesar solemnemente, cosa que hicieron en este mismo año, sometiéndose desde entonces a la Regla de Santa Clara, y dejando la Regla de la Tercera Orden Claustal que hasta entonces habían observado. Todas las monjas que quisieron observar la Regla de Santa Clara profesaron solemnemente y fueron asimiladas a las clarisas, recibiendo desde entonces el nombre de Clarisas de la Divina Providencia.

En Badalona, al igual que en los demás conventos, profesaron casi la totalidad de las monjas, y entre ellas sor Francisca de las Llagas de Jesús. Ignoramos el día y el mes en que emitieron su profesión, pero sin duda alguna fue en 1891. Sor Francisca renovarí su consagración total al Señor e intensificaría su oración y sus deseos de adelantar en el camino de la virtud. Al cabo de 8 años entregaría su alma al Señor.

#### ÚLTIMOS MESES DE VIDA

Cierto día, mientras sor Francisca se encontraba en la sala de labores, dijo distraídamente a otra hermana: «Yo pronto moriré». La hermana, sorprendida, le replicó: «Cállese, no diga esto ¡Qué manera de asustar a la gente!». Sor Francisca contestó: «No haga caso, es que

quizá me lo figuraba». Al ver la religiosa este santo disimulo, creyó era de veras lo que acababa de decir sor Francisca, como muy pronto pudo comprobarlo.

Durante los últimos meses de vida de sor Francisca predomina en ella el ansioso deseo de morir víctima de amor. Entre sus escritos dejó el que dice: «¡Oh, Jesús, cuándo será que os conoceré, pues deseo vivamente conoceros; no me lo neguéis, hacedme esta caridad!».

A medida que se acercaba el día de su muerte crecía más y más en ella el amor de Dios. Incluso sentía que su corazón no le cabía en el pecho. Cierta día dijo a la madre abadesa: «Si Dios no me calma estos dolores de corazón, no podré vivir mucho tiempo».

Sor Francisca de las Llagas de Jesús siempre había sido considerada como una de las religiosas más robustas de la comunidad, y jamás había sufrido enfermedad alguna. Cuando manifestó que se encontraba enferma y se quedó en la cama, las religiosas mandaron llamar al médico sin sospechar que pudiera tener nada grave. Pero sor Francisca aseguraba que moriría de aquella enfermedad.

Todos los viernes solía meditar la Pasión de Cristo y tanta era su compunción que llegaba a derramar lágrimas de devoción. El último viernes de su vida, hallándose postrada en cama, preguntó a las religiosas que la asistían qué día de la semana era aquél y, al responderle que era viernes, contestó: «Ya me lo pensaba. Decidme algo de Nuestro Señor». Entonces empezaron a hablarle de las grandezas de Dios, y al poco rato exclamó: «¡Basta, basta, que no puedo más, abrid la ventana, abrid la ventana!».

#### PRECIOSA MUERTE DE LA SIERVA DE DIOS

Viendo que sor Francisca no mejoraba, la madre abadesa mandó llamar otra vez al médico del convento para que la visitara y después de la visita preguntó si aquella enfermedad era grave. El médico, muy seguro de lo que decía, contestó: «¡Qué va! Es sólo una ligera enfermedad». Con esto, la comunidad y la madre abadesa quedaron tranquilas. Pero sor Francisca, que sabía muy bien que no iba a sobrevivir a aquella enfermedad, aprovechó el tiempo que le quedaba de vida para dar sabios consejos espirituales a sus hermanas, las cuales estaban maravilladas de ver, como nos dice sor Constancia de Santa Rosa, que «siempre había sido muy callada y que ahora no había más que pedirle



nos dijese algo de Dios y al punto hablaba largamente de lo que mucho amaba».

Poco a poco todas las religiosas pasaron por la enfermería para visitarla y consolarla. Algunas se encomendaban a sus oraciones y otras le pedían alguna palabra espiritual. Hablando del juicio de Dios, una hermana le dijo: «Yo tengo miedo de presentarme ante el tribunal de Dios para ser juzgada». Sor Francisca le contestó: «Hermana, por experiencia le puedo decir que mientras marché por el camino del temor no hice nada bueno y dejé pasar muchas gracias, pero cuando me entregué en las manos de la Divina Misericordia me hallé del todo mudada. Pida a San José que le conceda la gracia de ir por el camino del amor. Todas las gracias que le he pedido me las ha concedido, y también ésta».

Sor María Dominga de San Luis Gonzaga, religiosa muy virtuosa, le pidió que si Dios se lo permitía, la dirigiera desde el cielo por los caminos de la vida espiritual, del mismo modo que lo había hecho en la tierra. Sor Francisca se lo prometió y más tarde, después de su muerte, se le apareció la sierva de Dios varias veces, dándole sabios consejos espirituales para sí y para sus hermanas. Consejos que, gracias a Dios, fueron escritos y han sido conservados hasta nuestros días en un manuscrito de esta religiosa, muerta pocos años después también en olor de santidad.

Dos días antes de su muerte, sor Francisca dijo a la madre abadesa: «¡Qué corona tan hermosa veo! Falta, empero, un poquito para estar ultimada. Los ángeles están gozosos y Dios quiere hacer una gracia a esta comunidad».

La enfermedad iba apoderándose de la Sierva de Dios, pero la comunidad estaba tranquila por la opinión del médico de que aquella enfermedad no era grave. Con todo, sor Francisca afirmaba: «Pronto seré juzgada y ¡cómo me regocijo al pensar que el Juez es mi Padre amantísimo, mi Redentor y mi Dios! Sí, sí, pronto estaré en la eternidad».

No hacía media hora que había dicho esto cuando le aumentó la fiebre y entonces la comunidad decidió que le fueran administrados los últimos sacramentos.

El capellán de la comunidad, don Antonio Romeu, le administró el Santo Viático y la Unción de los Enfermos. Tan fervorosamente recibió estos sacramentos que más tarde el capellán confesó: «Al verla recibir la Comunión con tanta devoción, me llenó de un consuelo que no puedo explicar».

Después de recibidos los últimos sacramentos, se acercó la madre vicaria a la cabecera de la cama y con tono bondadoso le dijo: «Madre Francisca, ¿nos quiere dejar?». «No quiero», respondió sor Francisca, «otra cosa que lo que Dios quiere, pues no tengo voluntad propia; sólo deseo lo que sea del mayor agrado de Nuestro Señor, aunque mi inclinación sería morir, para unirme para siempre con mi amado Jesús».

Pasó aquella noche sufriendo y sin apenas poder conciliar el sueño. En las primeras horas del día, al preguntarle la enfermera cómo había pasado la noche, contestó: «Muy bien, porque se ha cumplido en mí la voluntad de Dios».

Tenía un dolor intenso y profundo que parecía le iba a descoyuntar los huesos. La hermana enfermera, al darse cuenta del estado de sufrimiento en que se encontraba la sierva de Dios, quiso darle algún calmante para aliviar su dolor, pero sor Francisca le dijo: «Déjeme, Hermana, no me dé este consuelo, pues quiero sufrir un poco más por amor a mi Buen Jesús, que no tuvo este consuelo en la Cruz».

Al poco rato preguntó qué día era y, al decirle la enfermera que era el Domingo Infraoctava de Corpus, exclamó: «¡Gracias, gracias!, siempre había creído que éste era el día en que moriría y me uniría a mi dulce Jesús para no separarme de Él». Y prorrumpió en exclamaciones de júbilo.

Una religiosa que la asistía le preguntó: «Hermana, ¿no teme el Juicio?». «No, no temo», contestó sor Francisca, «si me hubiera de juzgar un hombre, temería, pero como me ha de juzgar mi Padre, mi amado Esposo, no temo; y no me juzgará, porque yo nunca he juzgado a nadie».

Cuando decía esto eran las cinco y media de la mañana. Entonces quiso recibir a Jesús Sacramentado, pero como ya había entrado en la agonía no creyeron oportuno administrarle el Viático, y le dijeron que hiciese una comunión espiritual. Entonces se deshizo en afectos de amor. Vino el sacerdote y fue contestando a las oraciones y letanías de la recomendación del alma, juntamente con las demás religiosas allí presentes. Después de rezadas las letanías, pidió morir en el suelo como san Francisco, pero la madre abadesa no accedió a su petición. Ella, empero, quedó conformada y tranquila. Poco después, en medio de terribles dolores, se durmió plácidamente en la paz del Señor. Eran las seis menos cuarto de la mañana del 4 de junio de 1899, dominica Infraoctava de Corpus. Sor Francisca acababa de entregar su alma al Señor. Tenía entonces 39 años de edad y hacía 17 que había profesado..

Una vida santa, una muerte santa, tal fue la estancia en la tierra de sor Francisca de las Llagas de Jesús. El amor que devoraba su alma, su obediencia, su mortificación, su pobreza y el ponerse enteramente en las manos del Señor fueron las virtudes que más sobresalieron en ella y que la llevaron hasta la cumbre de la perfección.

#### FAMA DE SANTIDAD

Inmediatamente después de su muerte, la fama de santidad y la heroicidad de sus virtudes se propagaron rápidamente, cosa de admirar dado que la sierva de Dios, una vez muerta, no fue vista más que por sus familiares y personas más íntimas, pues las religiosas temían que el poder civil las obligara a enterrarla en el cementerio de la población.

Los que tuvieron la dicha de ver el cadáver de sor Francisca dicen que más parecía una santa en éxtasis que una religiosa difunta. Estas mismas personas pidieron a la madre abadesa alguna reliquia de la sierva de Dios, entre ellas el crucifijo, el rosario y algún trozo de velo.

Pero lo más extraordinario del caso es que la comunidad quedó sobrecogida de una alegría sobrenatural que más parecía estaban de fiesta que de luto. Esto fue notado por el encargado de dar sepultura al cadáver, Don Pedro Renom, quien al llegar a su casa hizo el siguiente comentario: «Hoy hemos enterrado a una monja que despedía un olor tan agradable que no sé lo que es y he notado, además, que las monjas, en vez de llorar como otras veces, estaban contentas».

Realmente no es nada de extrañar que para un cristiano, y más para un religioso, la muerte sea una verdadera alegría, puesto que por ella empieza a gozar de la visión de Dios, culmen de todos nuestros deseos y premio de nuestros trabajos, por más que en los que todavía peregrinamos hacia el Padre la separación de un ser querido nos ocasiona profundo dolor.

Sor Francisca fue enterrada en el cementerio de la comunidad el lunes 5 de junio de 1899 y se le aplicaron, en vez de misas de réquiem, las de la octava del Corpus con exposición mayor del Santísimo Sacramento.

La fama de santidad de la sierva de Dios corrió de boca en boca por la ciudad de Badalona y sus alrededores, y desde entonces se fue extendiendo cada día más y más, de tal manera que hoy es conocida en

la mayor parte de Cataluña, y ha llegado la fama de su santidad hasta ciertos puntos de Europa y de América.

Dios Nuestro Señor no tardó en otorgar gracias extraordinarias y curaciones por la intercesión de la sierva de Dios, pues no hacía aún un año que había muerto cuando un tío suyo cayó enfermo de gravedad. Sus hijas, que conocían el carácter aprensivo de su padre, no se atrevían a indicarle la necesidad de recibir los últimos sacramentos, pero pedían a sor Francisca que las ayudase en este difícil trance.

No se hizo esperar la mano de Dios por intercesión de sor Francisca. Un día, dijo el tío a la nuera que le asistía: «Mira ¿no ves a mi sobrina Coloma?». «No veo nada», contestó la nuera. «¡Sí, sí, sí, ahí está y me dice que confiese y comulgue!». Gracias a este aviso del cielo recibió los últimos sacramentos y entregó su alma al Señor el 9 de diciembre de 1899, después de haber dicho: «¡Aguarda, Coloma, que ya voy!».

Otro hecho extraordinario tuvo lugar el día del primer aniversario de su preciosa muerte. Sor María Dominga de San Luis Gonzaga, que había pedido a sor Francisca antes de morir que la dirigiera desde el cielo le escribió una carta recordándole la promesa que le había hecho de guiarla desde el cielo por el camino de la perfección, si Dios se lo permitía. Al poco rato de haber escrito la carta, se le apareció sor Francisca y le dio varios avisos para su vida espiritual. Y desde aquel día las apariciones se repitieron con frecuencia, y en cada una de ellas le daba consejos para sí y para sus hermanas.

«Un día», escribe sor Inés de los Dolores de Nuestra Señora, «deeseando enmendarme de lo que más necesitaba, pedí a sor Francisca que me indicara la mejor manera de hacerlo. Ya sé, le dije, que soy indigna de que me hables, pero te suplico que, de una manera u otra, me lo hagas conocer. No habiendo manifestado mis deseos a nadie, el día de Corpus se me acercó la madre María Dominga y me dijo: «Dice la madre Francisca que se ha de esmerar en el respeto a los superiores y en la preparación para la oración y la Comunión; y dice que le hará una gracia».

Poco tiempo después, estando las religiosas del convento de Badalona preocupadas por haberse extraviado en la curia episcopal de Barcelona las Constituciones de su instituto, la madre abadesa acudió a la oración mandando a la comunidad empezar una novena a sor Francisca, prometiendo que si daba a conocer a alguna de sus religiosas el lugar donde estaban dichas Constituciones, trasladaría sus restos y los

pondría en un lugar elevado del suelo, en vez de la humilde sepultura abierta en la tierra.

Durante la novena, sor Francisca comunicó a una religiosa el lugar donde se encontraban las Constituciones en el obispado. El padre Recoder fue quien se encargó de llevar el recado al palacio episcopal y, ante la admiración de todos los allí presentes, aparecieron las Constituciones en un lugar donde no se guardaba ningún tipo de documento, pero exactamente en el sitio que sor Francisca había indicado a la mencionada religiosa.

En vista de tal prodigio, el Sr. Obispo indicó la necesidad de recoger y guardar todos los escritos de sor Francisca y dio permiso para que se procediera a la exhumación del cadáver, el cual fue hallado entero, y así se le pudo cambiar el hábito. El traslado se hizo en presencia de la comunidad y de algunas personas más el 9 de noviembre de 1903. El cadáver se colocó en un ataúd de madera, revestido de zinc por dentro, y con un cristal a manera de urna a un lado.

#### CURACIONES MILAGROSAS

Muchas fueron las personas que, como hemos dicho, pidieron a la madre abadesa alguna reliquia de sor Francisca, y muchas más las que se encomendaron a las religiosas del monasterio de Badalona, a fin de que el Señor se dignase a aliviar o curar alguna enfermedad o dolencia por intercesión de sor Francisca de las Llagas de Jesús, y siempre sus súplicas fueron escuchadas.

Entre los casos extraordinarios de curaciones atribuidas a la intercesión de la sierva de Dios citaremos algunos, los más representativos quizá, para mostrar cómo el Señor quiso honrar a su fiel sierva Francisca.

En 1903, doña Rosa Barriga quedó afectada de un flemón en el anexo izquierdo, siendo su estado muy grave. Los médicos le aconsejaban que se operase, pero ella, puesta toda su confianza en sor Francisca, púsose una reliquia de la sierva de Dios sobre el flemón y éste se reventó. No obstante, fue intervenida quirúrgicamente, pero le quedó una fistula por la que manaba pus mezclado con materias fecales. Le colocaron un tubo para el drenaje pero la enferma, no pudiendo soportar tanto dolor, se lo arrancó. Entonces los médicos le recomendaron otra operación, pues en la forma en que se hallaba no le daban muchos

meses de vida. Pero Doña Rosa no quiso ser operada y se trasladó a Badalona, su ciudad natal. Ella, no obstante, suplicaba y confiaba en sor Francisca, teniendo firme esperanza de que la había de curar; y la curó. Al cabo de una temporada y sin aplicarse remedio alguno, pudo presentarse a los doctores que la intervinieron completamente curada. Ella atribuye la gracia a la curación de sor Francisca de las Llagas de Jesús, a quien con tanto fervor y perseverancia había invocado.

Otro hecho extraordinario atribuido a la intervención de la sierva de Dios es este: el niño Pedro Font y Cussó, de cinco años de edad, estaba gravemente enfermo de meningitis. Su madre le aplicó una reliquia de sor Francisca y, en menos de media hora, el niño, que estaba con gran calentura y casi agonizando, se sentó en la cama y quiso jugar. Estaba completamente curado. A la mañana siguiente, el médico de cabecera quedó tan admirado de lo sucedido que costó persuadirle de que no se le había aplicado ningún remedio. A los pocos días, el niño jugaba en la calle sano y salvo, sin rastro alguno de su enfermedad.

También una joven de 22 años llamada Filomena Lluch y Serra sufrió por espacio de más de cinco años una terrible llaga en una pierna. Se le aplicaron varios remedios y consultaron a diversos médicos, pero la llaga iba empeorando, de tal forma que los médicos aconsejaban la amputación de la pierna. Ante tan difícil trance, la familia resolvió suspender los cuidados médicos y, puesta toda su confianza en sor Francisca, le aplicaron una reliquia en la pierna dolorida y ésta empezó a curarse. A los 8 días estaba completamente curada, gracias a la poderosa intercesión de sor Francisca de las Llagas de Jesús.

El niño José Mayolas Grau nació en Badalona en 1931, y a los cinco años de edad enfermó gravemente de fiebres muy altas, de tal forma que el médico que le atendió abandonó la morada del enfermo diciendo que el niño «estaba muerto». La meningitis atacó tan fuertemente al niño, que éste perdió por completo la visión ocular. Especialistas eminentes aseguraron que el niño jamás recobraría la vista. Ante tamaña desgracia, sus padres acudieron confiadamente a la intercesión de sor Francisca de la Llagas y colocaron sobre el pecho de la criatura una pequeña reliquia. Al poco tiempo, el niño recobró la vista.

Otro de los muchos casos de curación es el de Don Agapito Costa. Su hija, Doña Montserrat, nos lo cuenta así: «Corría el año 1942. Mi padre padecía una grave enfermedad cardíaca. Debido a ello las piernas se le hincharon de una manera enorme, monstruosa. Vencidas grandes dificultades, pudo ingresar en la clínica del doctor Musterós. Los

médicos afirmaban que una intervención quirúrgica sería su muerte. La gangrena llegó a invadir en tal manera su pierna que el paciente pudo contemplar con sus propios ojos cómo los gusanos se movían en su carne. Y esta terrible escena puso en sus labios esta trágica expresión: “Dios mío, qué pena. Los gusanos se comen ya mi carne antes de ser enterrado”. Ante esta tremenda realidad, se pidió a las religiosas de la Divina Providencia que dedicasen una novena a sor Francisca, impetrando por su intercesión la curación de mi padre. Él, por su parte, se aplicó constantemente una reliquia de sor Francisca en la parte dañada. Se hizo la novena. Monjas y niñas del colegio elevaban oraciones al Altísimo pidiendo la curación de mi padre. Dios escuchó sus súplicas y, de pronto, le cayó una piel reseca debajo de la cual apareció carne fresca y sonrosada, quedando curado para siempre gracias a la intercesión de sor Francisca».

La niña Pilar Parra Robert tenía una mastiditis aguda con gran destrucción ósea que le dejaba al descubierto la duramadre de la fosa cerebral media en una gran extensión. El médico que debía intervenirla comentaba descorazonado: «¡Aquí no hay nada que hacer! ¿Es que no ven cómo está esto?». Pero la abuela, Doña María Barella, insistía con gran fe y confianza: «¡Sí, doctor, sí que hay algo que hacer! Sor Francisca nos hará un milagro y usted lo confirmará». Efectivamente, a los pocos días la niña quedó completamente curada.

Don Joaquín Moliné Riera, que tenía una gangrena diabética, también fue curado por intercesión de la sierva de Dios. También a ella le atribuye Juan Pujol la curación de su ojo izquierdo, herido con una aguja de coser sacos, pues curó de ello con la sola invocación de sor Francisca. Y Doña Montserrat Deportós, habiendo caído debajo del tren y siendo arrastrada por éste varios metros, atribuye haber salido con vida de este trance gracias a la intercesión de sor Francisca, cuya reliquia llevaba cosida al vestido.

La lista sería interminable. Nosotros ponemos aquí fin a la relación de los hechos extraordinarios atribuidos a la intercesión de sor Francisca de las Llagas de Jesús, considerando que los aquí expuestos son suficientes para probar el poder de intercesión de que goza la sierva de Dios ante del Altísimo. Sólo nos queda añadir un hecho extraordinario que ocurrió en Badalona durante el período rojo de 1936-1939.

Don José Granger, abogado, relata en la *Revista de Badalona* del 1 de mayo de 1943 un hecho de dominio común, acaecido durante la pasada guerra civil. Dice así: Creo ocioso consignar que las llamas

sacrílegas devoraron con preferencia las iglesias y conventos y los desalmados arremetieron contra las personas consagradas a Dios. El convento de la Divina Providencia no escapó a tan triste suerte. El populacho, como río desbordado, rompió, destruyó cuanto encontró en su curso desenfrenado y loco».

Una religiosa clarisa, testigo presencial de los hechos, los relata en la forma siguiente: El amanecer del día 19 (julio del 36), con los cañonazos que se percibían, aunque lejanos, nos hizo presumir lo que más tarde sucedió. Con todo, a las cinco de la mañana fuimos al coro como todos los días festivos y tuvimos una hora de oración mental que, si bien fue confiada, al compás de los cañonazos resultó algo distraída y no tan tranquila como deseáramos, pues no sabíamos qué era lo que ocurriría, sólo que se dejaba entender venía de Barcelona. A las seis recibimos la Sagrada Comunión y, ya desde ese momento, la madre abadesa se dio cuenta del peligro que se avecinaba. El capellán de la comunidad llamó al torno a la madre abadesa y le expuso la gravedad de aquellos momentos. Dialogaron sobre el peligro que se cernía sobre la ciudad, y especialmente sobre las almas consagradas a Dios. El Rdo. Modesto Giral dio la comunión a algunos fieles, pero le dijimos que se fuese a su casa y retiramos la reserva del Santísimo. Desde este momento, el Sagrario quedó vacío.

El Rdo. Camilo Rosell nos encargó que nos acogiésemos al amparo de familiares y amigos. A las siete y media la comunidad tomó el desayuno y, acto seguido, la madre abadesa dio orden de que las religiosas se vistieran con el vestido seglar que hacía varios días teníamos preparado en la celda por lo que pudiera ocurrir. La madre abadesa nos encargó mucha serenidad y que nos abandonásemos en manos de la Divina Providencia.

Desde ese momento, y sin que se dieran cuenta los vecinos, empezaron a salir las religiosas en compañía de algunas señoritas, y siempre por la puerta de la iglesia, como simples fieles, para evitar toda clase de alarma.

Sólo quedaron en el convento la Rda. Madre Abadesa con tres religiosas más, en espera de lo que pudiera ocurrir. Como el peligro aumentaba, se nos aconsejó que saliéramos, y así lo hicimos, a las seis de la tarde. Cerramos las puertas con llave por la parte de dentro, ya que todas las cerraduras estaban así colocadas, y la que cerró se colocó en el torno y así salió fuera.

La Madre Abadesa, muy afligida, se despidió de la Santísima Vir-



gen, pidiéndole que tuviera providencia de sus hijas. Después, elevando los ojos al cielo, dijo: «Sor Francisca, nos vamos. Guarda tú la casa». Y acto seguido salimos a la calle». Hasta aquí el relato de la mentada religiosa, testigo presencial de los hechos.

Luego continúa don José Granger: «Los grupos de anarquistas penetraron en el convento de la Providencia y lo que fue respetado por las llamas fue luego objeto de rapiña. Algunas personas entraron en el convento y lo recorrieron con la más viva curiosidad, pero los sepulcros radicados en el sagrado inmueble fueron respetados, en especial el de sor Francisca, al que ni tan siquiera rompieron el cristal que tenía a un lado a modo de urna.

Entre los grupos de anarquistas cundió cierto temor e inquietud, porque decían que una monja con el rostro cubierto con el velo monacal paseaba por el camarín de la Virgen y se oía claro, clarísimo, el ruido que hacía al andar con el rosario que colgaba de su cintura».

Cierto día, un marxista que hacía guardia en la iglesia, al ver a la monja que paseaba, le intimó diciéndole: «¡Marcha!»). A lo que la religiosa contestó: «Yo siempre he vivido aquí. Guardo mi casa». Entonces, otro guardia le disparó un tiro, pero la monja siguió impávida».

Este hecho fue tan significativo que, desde aquel día, cundió el pánico entre los guardias y ya no osaron entrar en el recinto sagrado. La presencia de tal monja evitó grandes daños tanto en la iglesia como en el convento. Era voz pública en Badalona, durante el período rojo, que sor Francisca guardaba de forma constante y misteriosa el inmueble franciscano, es decir, lo que fue «su casa».

Después de esto ¿cómo no recordar aquellas palabras que la madre abadesa dirigió a sor Francisca, en aquella trágica tarde, en el momento de abandonar el convento: «Sor Francisca, nos vamos. Guarda tú la casa»?

Desde su gloriosa muerte, el convento de la Divina Providencia de Badalona ha sentido siempre su protección, y en los trances difíciles ha sido como su tabla de salvación. Realmente, sor Francisca ha guardado y sigue guardando su casa, el convento donde vivió y murió.

#### CAMINO DE LOS ALTARES

Con los ejemplos de una vida santa y la heroicidad de sus virtudes, no es de extrañar que la fama de santidad y milagros cundiera por do-

quier. En vista de los prodigios que acaecían por intercesión de sor Francisca, y de la devoción de que era objeto, se determinó abrir el proceso informativo acerca de la fama de santidad, de *Non Cultu* y acerca de los escritos en la curia episcopal de Barcelona en el año 1925. En este mismo año apareció la primera biografía de la sierva de Dios, escrita por fray José Oriol, capuchino, que sirvió para que los devotos de la Sierva de Dios pudieran conocer más a fondo su vida y sus virtudes y, al mismo tiempo, contribuyó a darla a conocer más y más.

El 6 de diciembre de 1942 fueron aprobados sus escritos en Roma y se dieron a luz unas notas biográficas de la sierva de Dios. Su Santidad el papa Pío XII introdujo la causa de beatificación y canonización de la sierva de Dios. Al año siguiente, fue aprobada la sentencia de *Non Cultu* y el año 1956 se procedió a la introducción del proceso apostólico para su beatificación y canonización.

Concluido el proceso apostólico fue llevado a Roma en junio de 1960. La Sagrada Congregación de Ritos procedió a su traducción latina e italiana y, en 1967, fue entregada la copia pública de dicho proceso al padre postulador de la causa. Tras años de espera, en 1988, se emprendió con fuerza el proceso de beatificación y canonización.

Hasta aquí la relación de la vida, hechos extraordinarios y curaciones de sor Francisca de las Llagas de Jesús, junto con el proceso de su causa de beatificación y canonización.

Quiera Dios que pronto la veamos en los altares y así ser propuesta como modelo a todas las clarisas y a cuantas jóvenes deseosas de perfección quieran seguir su ejemplo.